THE HORUS HERESY®

Graham McNeill

LUNA MENDAX



Garviel Loken, scarred by foul betrayal,
is haunted by the ghosts of his past



LA HEREJÍA DE HORUS

LUNA MENDAX

GRAHAM MCNEILL

ADEPTVS‡TRANSLATES

Y



DRAMATIS PERSONAE

Caballero Gris

GABRIEL LOKEN	Caballero errante, antiguo Lobo Lunar
ACOMPAÑANTE	
IACTON QRUCE	Caballero errante, antiguo Lobo Lunar

Paz. Para él, aquella palabra carecía de sentido. Hasta donde Loken podía recordar, nunca había conocido un estado que se pudiera adecuar a ese concepto tal y como se lo habían explicado. La palabra había servido una vez de talismán, tiempo atrás cuando el universo tenía sentido, un ideal por el que luchar. El fin de la guerra y el cumplimiento de la tarea para la que tanto él como sus hermanos habían sido creados. Era un legionario astartes, un guerrero creado en los laboratorios genéticos del Emperador, fruto de una alquimia olvidada y una ciencia desconocida.

¿Qué podía saber de la paz un ser que para lo único que valía era para matar?

Y sin embargo, allí en el jardín, Loken sentía algo muy cercano a ella.

La cálida luz del sol brillaba en un parpadeante cielo azul, proyectado artificialmente sobre la superficie interior de la cúpula, no menos agradable por no ser natural. Las nubes pictográficas se dejaban arrastrar por una brisa inexistente, y el trino de los pájaros le llegaba de vez en cuando desde los altavoces hábilmente ocultos en el armazón del jardín.

El jardín lo componían unos bastos bloques de ouslita dispuestos como baldosas gigantes, situadas alrededor de una serie de estanques cuadrados de agua cristalina. Los lirios y otras flores brillantes germinaban en pozos rocosos conectados por un sistema de riego que partía de los depósitos de bronce de la torre. Helechos y sauces acariciaban los bordes de los estanques, y algo en su disposición parecía querer convocar en él un recuerdo largo tiempo olvidado, uno que Loken no parecía dispuesto a querer recuperar.

Siguió caminando por el jardín, disfrutando del silencio y los cálidos aromas de los seres vivos. Más adelante el agua caía desde una pila ornamental de rocas pulidas, formaba una cascada que se volvía espuma en un estanque donde nadaban carpas doradas. Unos peldaños redondeados formados por niveles de jardineras descendían hasta el lugar donde las semillas que Loken había plantado empezaban a germinar.

Vestido con un jitón gris sin adorno alguno por encima de un mono pardo con sellos de plastek sobre los huecos de la interfaz para las servoarmaduras, iba armado sólo con los útiles de jardinería que colgaban de su cinturón de cuero.

Caminaba con los pasos pesados de un deudo en un funeral, sus hombros anchos y fuertes pero hundidos, como si cargara sobre ellos el peso del mundo. Sus rasgos eran amplios y planos, endurecidos por la guerra y drenados de todo júbilo por la traición. Pero mientras observaba los verdes brotes que empezaban a salir del oscuro barro en busca de la luz, la leve traza de una sonrisa se dibujó en sus labios. A pesar de haber sido forjado para matar y no para cuidar, aquello le proporcionó un ápice del sentimiento de maravilla de la creación. Había sido su mano la que había hecho florecer aquel universo en miniatura.

Entrecerró los ojos cuando vio una esquina de las jardineras salpicada del verde de las malas hierbas envuelto en el glaseado blancuzco de las telas de araña. Sacó de su cinto una pala de mano, una que era claramente demasiado pequeña para la suya pero que manejaba con una delicadeza asombrosa. Podría haber solicitado unas herramientas adecuadas a su escala post humana, pero las forjas de la fortaleza estaban ocupadas con la producción de piezas más importantes que unos utensilios de jardinería.

Como cualquier guerrero, había aprendido a defenderse con lo que tenía.

Se arrodilló en la esquina del parterre y desprendió las telarañas con sus propias manos. Las arañas emergieron de sus escondites ante aquella perturbación, y Loken se encogió al verlas. La visión de aquellas criaturas de miembros múltiples parecía azuzar un fragmento de memoria: una guerra de desgaste, duras victorias en un tiempo glorioso cuando los dioses no luchaban entre ellos. No podía situar claramente aquel recuerdo, pero aquello no era algo inusual. La locura que casi lo había consumido en Isstvan III había dejado cicatrices que eran lentas para sanar y rápidas para producir un dolor abrasante. Las arañas lo amenazaron abriendo las mandíbulas antes de retirarse a sus guaridas subterráneas, y Loken sintió un odio irracional hacia aquellas criaturas.

Con la pala asestó varias puñaladas a la tierra, dejando a un lado las hierbas que arrancaba de raíz y buscando alcanzar a las arañas. En aquella parte las plantas parasitarias habían crecido especialmente, lo que agotaba los nutrientes del suelo y ahogaba la vida de lo que había plantado allí. Las semillas ya habían germinado antes de que él encontrara el jardín, pero se habían marchitado; había sido su paciente atención la que había hecho renacer aquel jardín otra vez, brillante y más vital que nunca.

El anterior cuidador de aquel biodomo había dejado que creciera salvaje, descuidando la tarea de una poda prudente y su mantenimiento. Después había llegado a sus oídos que la hermana Elliana había muerto tiempo atrás en Próspero, y que nadie la había reemplazado para continuar sus deberes en el jardín. Un lapso comprensible. El mantenimiento de un espacio que existía puramente por motivos estéticos se había considerado un desperdicio de recursos.

Y en tiempos de guerra no se podía tolerar el desperdicio de recursos.

Loken había dado con el biodomo por casualidad mientras contemplaba distraídamente la superficie de Luna tras el cristal blindado de la cápsula orbital que los traía de regreso. Había permanecido todo el viaje de vuelta desde el fiasco de Calibán en un silencio contemplativo, aislado de la tripulación de la nave sin nombre que se había infiltrado en los dominios de los Ángeles Oscuros para luego escapar de allí como un ladrón frustrado.

El fracaso de aquella misión pesaba sobre Loken, y había estado intentando aceptar su responsabilidad en ello durante las largas y frías noches en el oscuro corazón de aquella nave. Se había convertido en un guerrero que le había dado la espalda a la guerra, un hombre sin los colores de una legión a la que llamar suya. En lo más profundo de su desesperanza, había creído ser una legión de uno.

Nathaniel Garro le había mostrado que aquel no era el caso. Ya no luchaba solo, pero no le importaban los guerreros que luchaban a su lado. La hermandad que había sentido en su vida anterior ya no era más que un fantasma en su memoria. No había nada de la charla y las bromas que compartía con Vipus y Torgaddon en los intervalos entre campañas, sólo los secos informes de situación y las serias conversaciones de aquella guerra en la sombra. Una guerra en la sombra en la que no quería participar más.

Sentado en la parte de atrás de la cápsula con Iacton Qruze, Loken se había sentido profundamente incómodo al verse confinado en aquel claustrofóbico espacio junto a otro refugiado de su antigua legión. Qruze había percibido su irritación y había procurado no perturbar demasiado su soledad.

Sólo cuando la cápsula había virado durante el cruce de Sinus Honoris había captado Loken el brillo diamantino del biodomo al borde del Mare Tranquillitatis.

Apenas había parpadeado para registrar las coordenadas selenográficas cuando la cúpula se perdió de vista en el ascenso en espiral de su transporte en la aproximación final a la ciudadela Somnus.

Erigida en el Palus Somni, la fortaleza de las Hermanas del Silencio se alzaba sobre la rocosa y desigual superficie al noreste de la gran cuenca. Una vertiginosa torre de bronce y cristal, la miríada de muelles de aterrizaje se apilaban unos sobre otros como refugios de criaturas marinas en una espiral de coral. Su escala era imposible de juzgar, pero Loken sabía que era lo suficientemente grande como para albergar las casi invisibles naves negras de la hermandad. A diferencia del resto de la superficie de Luna, Palus Somni era de un color blanquecino, diferente del tono de cualquier otra llanura o montaña de la luna.

Dorn los estaba esperando.

Informado ya del resultado de la misión por medios astropáticos, el primarca de los Puños Imperiales, no obstante, había robado tiempo a su labor de desmantelar el palacio enjoyado de su padre para escuchar las malas noticias de Calibán de primera mano. Loken había visto la esperanza de Dorn en que el imperfecto medio que era la comunicación astropática hubiera errado en transmitir algún matiz del reporte de Qruze, algún signo de indicara que los guerreros del León de Calibán aún podían contarse entre los que defenderían el estandarte del Emperador.

Dorn tendría que volver a Terra sin respuesta, y Loken se había sentido descorazonado al haberlo decepcionado de aquella manera. Recordaba la primera vez que había visto a Rogal Dorn, conversando con el Señor de la Guerra. Entonces le había parecido un titán, un semidiós fundido para igualar en fuerza y poder al propio Horus; y aquella no era una concesión fácil para un guerrero de los Lobos Lunares. Envestido con su blindaje dorado que parecía haber sido labrado sobre el sólido núcleo de una montaña, el primarca había hecho sentir a Loken como un insecto clavado a una tabla de exposición sometido al escrutinio de un ser que lo sabría todo sobre él en el tiempo que dura un latido.

Dorn aún era un semidiós, pero a Loken le pareció que de alguna manera había… *disminuido*, como si la carga que llevase sobre sus hombros creciera en fracciones infinitesimales segundo a segundo. Como el goteo apenas perceptible que tras millones de años parte a la mitad una montaña, el puesto de Dorn como pretoriano de Terra era uno que ya habría aplastado a un ser inferior. Pero, ¿cuánto tiempo llevaría aplastar a un guerrero como Dorn?

Aun así, aquella recepción había sido más amable que la primera a la que había sido sometido. Lo habían llevado a la ciudadela Somnus como un ser deshecho, roto, el lunático que Nathaniel Garro había rescatado de las ruinas de Isstvan III. Loken podía comprender en aquel momento que había estado más cerca de la muerte durante aquel interrogatorio que en ningún otro momento de su vida, a pesar de que quienes lo rodeaban no se acercaran a él con espadas, bólteres o bombardeos orbitales: se acercaban con dudas y miedo y sospecha.

¿Se podía confiar en él? ¿Podía alguien —incluso un marine espacial— sobrevivir a lo que él había sobrevivido? ¿Lo había dejado el enemigo entre las ruinas para que Garro lo encontrase? ¿Era Garviel Loken una bomba de relojería colocada por Horus, programada para infiltrarse en las filas imperiales sólo para sembrar el caos entre ellas en días venideros?

Nadie lo sabía con certeza, pero figuras muy poderosas habían hablado en su favor: Garro y Malcador por seguro y —Loken sospechaba— el propio lord Dorn. Pero otros —nunca había conocido sus identidades— lo habían declarado un peligro, un espía potencial o algo peor. Lo que había seguido era un periodo indeterminado de dolor y miseria, infligido sobre su cuerpo pero sobre todo en las profundidades de su mente en busca de respuestas a aquellas preguntas.

Que siguiera vivo no podía considerarse un juicio definitivo a su favor, sólo que sus interrogadores no habían encontrado nada demasiado condenatorio para oponerse a los deseos del regente de Terra y el dorado pretoriano del Emperador.

La misión en Calibán la había autorizado lord Dorn y había sido… ¿qué? ¿Una penitencia? ¿Una prueba de lealtad? En cada paso de la misión a Loken le había parecido notar como si una pistola le apuntara a la cabeza. Había comprendido, de la forma en la que sólo pueden hacerlo los hombres acostumbrados a la violencia, que Qruze había sido designado como su ejecutor en caso de que su fidelidad demostrara ser falsa.

Con los informes entregados a Dorn y a numerosos funcionarios sin rostro, Loken había seguido las coordenadas registradas en su servoarmadura hasta el biodomo, conduciendo un oxidado Cargo-5 sobre la superficie lunar, dejado atrás las antiguas ruinas de las primeras colonias asentadas allí y el lugar marcado con el estandarte de un águila que conmemoraba algún gran logro de una era distante.

Que el biodomo aún funcionara había sido la primera sorpresa de Loken. Que la vida floreciera en su interior había sido la segunda. Con la maleza crecida hasta el punto de que había necesitado un machete y un lanzallamas para devolverle algún orden, Loken había encontrado algo de calma bajo aquel parpadeante sol artificial. Los cielos azules brillaban sobre él, quebrados en algunas zonas por porciones del oscuro espacio estrellado y seductores fragmentos del mundo rodeado de hierro sobre él. El rebelde follaje crecido hasta aquellas proporciones gigantescas le recordaba un mundo que una vez había pisado, un lugar de un cielo supurante y gruesos tallos de un fibroso material afilados como cuchillos: un mundo que tenía el nombre de un final definitivo, pero que no lograba recordar.

Loken se había prometido que devolvería a aquel jardín su anterior esplendor.

Matar por los vivos y matar por los muertos…
Aquella había sido una vez la máxima por la que había vivido. Creía incluso que había hecho un juramento sobre ella. Le parecía ver aquel momento casi como desde el punto de vista de un observador externo, aunque no sabía cómo era aquello posible. ¿Había experimentado de verdad aquel momento, o no era más que un pseudorrecuerdo fantasma?

Un nombre parecía haber sido susurrado a su consciencia al pensar en aquel momento —Keeler—, pero uno que no significaba nada para él. ¿Se trataba de una persona o un lugar? Loken no lo sabía y, a decir verdad, tampoco le importaba.

Había sido un asesino una vez; ahora sería un guardián para aquella cúpula de vida.

La arañas brotaban de la tierra oscura, y Loken las aplastaba allá donde las veía. Algunas, las más astutas, se alejaban de la luz y se enterraban más profundamente, pero entonces él cavaba hasta sacarlas de sus escondrijos y acabar con ellas. Debía de haber nidos bajo el suelo; tenía que matar a su descendencia también. Cualquier cosa que no fuese la aniquilación total permitiría que volvieran a contaminar la superficie, creciendo sin ser vistas hasta que fuera demasiado tarde para detenerlas.

—Sabes que si matas a todas las arañas sólo heredarás el trabajo que ellas hacen, ¿verdad? —dijo una voz desde el otro lado del estanque de las carpas.

Loken alzó la vista, inmediatamente alerta. Una figura se encontraba a unos treinta metros, bajo la sombra de los sauces, pero su voz era lo bastante potente como para que la escuchara claramente.

—¿Por qué dices eso? —preguntó a su vez.

La figura abandonó las sombras para arrodillarse junto al borde del estanque, y Loken vio que tenía la masa de un legionario, pero no era uno a quien reconociese. Aquellos días la mayoría de las caras eran algo desenfocado para él, ensamblajes de rasgos sin identidad asociada, despojados de pistas visuales con los que diferenciarlos. Había estado marcándose reglas mnemotécnicas con las que recordar a las personas que ahora eran relevantes en su limitada esfera de existencia, pero aquel guerrero no se ajustaba a ninguno de aquellos esquemas almacenados. Y aun así, había algo dolorosamente familiar en aquel astartes.

Los proyectores instalados en las nervaduras de la cúpula se apagaron por unos segundos, y un reflejo perfecto de Terra se reflejó en el espejo negro en el que se convirtió la superficie del estanque. Loken sintió que la hostilidad ante aquella intrusión en su santuario se atenuaba ante aquella imagen, como si le recordase un momento perfecto que no volvería a repetirse.

—Las arañas acaban con los pulgones y otras plagas que devorarían las plantas —dijo el hombre, mientras hacía saltar una piedra plana sobre la superficie del estanque, y sonrió satisfecho cuando ésta lo atravesó completamente y chocó contra una roca en el lado opuesto, haciendo que la imagen se rompiera en astillas de pálida luz—. Puede que no te guste su aspecto, ciertamente no son muy bonitas, pero están luchando una guerra en tu nombre aunque no lo sepas.

El tono de aquel individuo era lacónico, pero Loken podía ver más allá y percibir el peligroso núcleo que había tras él. Pero, a pesar de ello, extrañamente no lo sentía como una amenaza.

—¿Te conozco? —preguntó Loken poniéndose en pie y limpiándose las rodillas de barro.

—¿No me reconoces?

Loken vaciló antes de contestar.

—Quizá podría si estuvieras más cerca.

—Creo que estoy lo suficientemente cerca por ahora.

El hombre dio unos pasos junto al estanque y se arrodilló para coger otra piedra aplanada a la que empezó a dar vueltas entre los dedos. Satisfecho con su peso, la arrojó para que planeara sobre el agua en dirección a Loken. La piedra saltó varias veces sobre la superficie hasta golpear una roca y trazar un amplio arco en el aire.

Loken estiró la mano para atrapar aquella piedra, pero ésta golpeó contra su palma y rebotó fuera de su presa antes de que pudiese cerrar los dedos. El dolor fue momentáneo, pero lo irritó el hecho de haber fallado un acto de destreza tan sencillo. Un moratón comenzó a formarse sobre su piel.

—Solías ser más rápido… —dijo el hombre.

—Solía ser muchas cosas… —replicó Loken.

—Cierto.

—Me conoces, pero aún no me has dicho quién eres. Si eres otro de los *consejeros* de Malcador será mejor que te des la vuelta y me dejes solo. Le debía a lord Dorn ir a Calibán, pero no tengo tiempo para los subterfugios y las medias verdades del Sigilita. No quiero seguir siendo parte de sus conspiraciones dentro de conspiraciones, así que puede dejar de enviarme a sus lacayos. Aunque al menos le estoy agradecido por haber enviado a un legionario esta vez.
—¿Ha enviado mortales para intentar comprender la mente de un legionario? —dijo el hombre con un gesto de la cabeza que indicaba que aquella idea le parecía graciosa— Nunca nos han entendido en absoluto, ¿verdad? Pero para tranquilizarte, te diré que no estoy aquí para convocarte ni soy ningún consejero, aunque en muchas ocasiones he compartido mi sabiduría del campo de batalla. «Buenas prácticas con el bólter», podrían llamarse las lecciones.

Aquella ocurrencia pareció divertir al hombre, que dejó escapar una carcajada. Por su parte Loken comenzaba a estar cansado de las obtusas respuestas del extraño. Colgó la pala de su cinturón y siguió el camino que llevaba a los peldaños excavados en la roca de la cascada.

—¿Te marchas ya? —dijo el hombre moviéndose por el camino paralelo.

—Si no vas a decirme tu nombre no tengo intención de prolongar esta conversación.

—¿De verdad mi nombre es tan importante?

Loken se detuvo al pie de los escalones. Sentía que *debería* saber el nombre de aquel hombre y eso *sí* era importante. Sentía como si demasiadas cosas dependiesen de aquella información.
—¿Cómo puedo confiar en ti si no sé tu nombre?

—Es que ya lo sabes. ¿Por qué tendría que decírtelo otra vez?

—¡No lo sé! —Loken escupió las palabras con frustración a la vez que apretaba los puños; estaba desarmado, pero un legionario no necesitaba más que sus manos para matar.

—Lo sabes. Es sólo que lo has olvidado.

—Entonces lo habré olvidado por un buen motivo.

—No. Lo has olvidado por todos los malos motivos. Era la única manera de sobrevivir en Isstvan III; pero ya no estás en Isstvan III. El Señor de la Guerra intentó matarnos a todos allí, pero falló. Bueno, al menos en el caso de uno de nosotros.

Los proyectores parpadearon de nuevo, y algo en una de las secciones de la cúpula estalló derramando una lluvia de chispas. Cayeron sobre el agua, extinguiéndose inmediatamente, y después el reflejo de Terra apareció en la superficie del estanque cuando la cúpula volvió de nuevo a ser transparente.

—¿Estuviste en Isstvan III? —preguntó Loken mientras la figura emergía de aquel brillo sobre la superficie del estanque.

Una fría mano pareció cerrarse alrededor de su corazón cuando los rasgos del hombre previamente desconocido se fueron concretando en los de un hermano de su vida anterior.

—Todavía estoy allí —dijo Tarik Torgaddon.

Estaban sentados en un pequeño promontorio junto a la cascada que dominaba el estanque, dos hermanos separados por el golfo del arrepentimiento y la mortalidad, aunque para Loken era como si no hubiera pasado el tiempo desde la última vez que habían hablado. Torgaddon se reclinó sobre la superficie lisa de una piedra

coronada por un arco a su espalda mientras jugaba distraídamente con un hilo suelto de su túnica, deshilachando la manga más cuanto más tiraba de él.

—¿Cómo es que estás aquí?

Torgaddon se encogió de hombros.

—Dímelo tú.

—Te vi… te vi morir. Pequeño Horus te mató.

—Si, creo que lo hizo —dijo Torgaddon a la vez que se pasaba los dedos por el cuello bajo la túnica; cuando los sacó estaban rojos, después lamió la sangre—. Bueno, podría haber sido peor.

Loken quiso echarse a reír ante aquella ridícula afirmación.

—¿Cómo podía haber sido peor?

—Bueno, al menos estoy aquí, hablando contigo.

—¿Y cómo es eso posible? Los muertos no se alzan de sus tumbas.

—Creo recordar algo así en una luna de Davin.

—Supongo —reconoció al final Loken—. De hecho me parece recordar una escena en la que estoy sacando tu triste trasero de un pantano mientras un puñado de muertos intentaban arrastrarte con ellos al fondo.

—¿Ves? Estos días la muerte no es el hándicap que solía ser.

—No frivolices. Aún no sé que causó que los muertos de aquella luna se levantaran para luchar. Un patógeno, alguna especie de parásito cerebral quizá.

—Venga, tú no te crees eso. Ya has leído suficientes libros del viejo Sindermann, ¿verdad?

—Quizá no lo crea, pero sé que la gente a la que le cortan la cabeza no empieza a andar y a hablar con los viejos amigos.

—Admito que es un poco confuso.

Loken extendió la mano para tocar el brazo de Torgaddon, y el antebrazo que aferró parecía tan real y sólido como el suyo propio. Notó el basto tejido del hábito de su hermano y la musculatura dura como el acero bajo él. Cuando retiró la mano la tenía manchada de ceniza, y se la limpió sobre la hierba.

—¿Estoy todavía en Isstvan III? ¿Morí allí también? ¿Me mató Garro? ¿O todavía estoy solo, todavía soy Cerbero?

—¿Cerbero?

—Un nombre de guerra que adopté —Loken hizo un gesto con la cabeza para quitarle importancia, ligeramente avergonzado.

—El guardián del inframundo. Bastante apropiado, sí.

—Pensaba que sabías eso.

—Sé lo que tú sabes. Y lo que sabes es… fragmentario, podríamos decir.

El entendimiento iluminó a Loken.

—Ah, luego sólo eres producto de mi imaginación, un recuerdo que mi mente dañada ha conjurado.

—Puede ser. Los tipos que sois tan rectos soléis disfrutar castigándoos a vosotros mismos.

—¿Castigándonos?

Torgaddon asintió y se incorporó un poco. Loken percibió el acre hedor de la sangre de su hermano y el del asfixiante polvo de edificios derrumbados mezclados con el residuo químico de explosivos y del metal ardiendo que era el aroma de la guerra. Se quedó sin aliento al revivir el momento de su despertar, atrapado bajo cientos de toneladas de escombros y preguntándose cómo podía seguir vivo.

—¿Por qué otro motivo pensarías en mí salvo para castigarte? —continuó Torgaddon mirándolo fijamente a los ojos—. Me dejaste morir. Viste cómo Aximand me cortaba la cabeza y no lo detuviste. Mató a tu hermano de batalla más cercano y no lo cazaste para matarlo. ¿Cómo puedes decir que eres mi amigo mientras dejas que ese bastardo traidor siga respirando?

Loken se puso en pie y dio unos pasos para alejarse de Torgaddon. Se asomó a la repisa de la cascada y miró al lago que se formaba cuarenta metros más abajo. La caída quizá no lo mataría, pero las rocas bajo el agua eran como colmillos afilados de un leviatán medio sumergido que podrían romperle muchos de los huesos. ¿Cuánto tiempo pasaría hasta que alguien lo encontrase? ¿Suficiente para que el agua se volviera roja con su sangre? ¿Suficiente para que muriera?

—Quería cazarlos a todos. Quería matar hasta el último de ellos —dijo al fin—. Pero no había manera de escapar de Isstvan. Todos estaban muertos. Estaba atrapado en un mundo de muerte.

—Los muertos que se pusieron en pie, hemos de decir.

—Yo… estuve perdido por un tiempo —continuó como si no hubiese escuchado a Torgaddon—. Estaba tan consumido por la necesidad de matar que perdí de vista a quiénes necesitaba matar.

—Entonces llegó Garro y te sacó de allí.

Loken asintió.

—Me convenció de que aún tenía un deber que cumplir, una deuda que pagar… pero esta no es la lucha para la que estoy hecho. No puedo combatir en las sombras, Tarik. Si derrotamos al Señor de la Guerra hemos de hacerlo a plena luz, para que todo el mundo sea testigo de su caída.

Torgaddon se puso en pie y se alisó la túnica, con el hilo colgando aún de su manga.

—Has dicho «si» derrotáis al Señor de la Guerra. ¿No crees que se pueda hacer?

—Eras un lobo lunar, Tarik —contestó Loken pasándose los dedos por la cara a la vez que una oleada de agotamiento lo recorría—. Sabes tan bien como yo que es el hombre más peligroso de la galaxia. Hay una razón por la que él es el Señor de la Guerra y no otro. Es el mejor en lo que hace, y lo que hace es convertir en cadáveres a sus enemigos.

—¿Significa eso entonces que no se debe luchar contra él?

—No —negó Loken con la cabeza—, por supuesto que hay que luchar contra él.

—Sólo que no tú…

—¿Qué quieres decir?

Torgaddon ignoró la pregunta de Loken y abrió los brazos, girándo sobre sí mismo hasta abarcar la totalidad del jardín.

—Has obrado maravillas aquí, Garvi. Es exactamente como lo recuerdo.

—¿El qué?

Torgaddon dejó caer la cabeza a un lado y lo miró socarronamente.

—¿En serio que no lo ves?

—¿Ver qué? —contestó Loken, impaciente ante las constantes evasiva de su amigo.

—Este lugar. ¿No reconoces lo que has creado aquí?

—No.

—¿63-19? —dijo Torgaddon como incitando a la memoria a salir, como se intenta persuadir a un animalillo asustado a abandonar su madriguera con palabras suaves y la promesa de comida.

Loken miró de nuevo el jardín, viéndolo por fin como lo que era: los estanques rectangulares rodeados por los caminos de baldosas, los sauces, los helechos y las luminosas flores junto a las aguas. El recuerdo surgió, y trajo consigo la fuerza con la que arrastró el resto de sinapsis fracturadas de su mente.

Cuando había llegado allí nada de eso existía. El biodomo no era más que un caos que parecía que iba a necesitar de una escuadra armada para domarlo. Pero él lo había rehecho, talando las masas fibrosas de flora moribunda, luchando durante días con su servoarmadura en una batalla que parecía que no podía ganar contra la densa maleza y la incontrolable expansión de las plantas trepadoras. Había devuelto el jardín a la vida, había cortado inmensas rocas del Mare Tranquillitatis para fabricar las baldosas y las había arrastrado al interior de la cúpula para crear los senderos que rodeaban los estanques que había excavado. Todo cuanto existía en ese momento dentro del biodomo lo había levantado con sus propias manos, y ahora que lo veía claramente comprendía por qué cada detalle le era terriblemente familiar.

—El jardín acuático —susurró Loken, con lágrimas nublándole la vista—. Aquí es donde hice mi juramento al Mournival.

—¿Y recuerdas lo que juraste? —preguntó Torgaddon a la vez que apoyaba una mano en el hombro de Loken—. Juraste servir al Emperador por encima de todos los primarcas. Defender la verdad del Imperio de la Humanidad sin importar qué mal la amenazara. Permanecer firme ante sus enemigos, tanto del exterior como del interior.

—Lo recuerdo.

—Juraste ser fiel al Mournival hasta el fin de tus días.

—El Mournival se rompió —dijo tristemente Loken—. Ezekyle y Aximand se encargaron de ello.

—Bien, a los ideales del Mournival entonces.

Loken asintió.

—Aquella fue la última vez que sentí como si estuviéramos al borde de algo increíble.

—Sí, lo fue —suspiró Torgaddon—. Y ahora que has recordado todo esto, sabes que no puedes quedarte aquí.

La mente de Loken ardió con todo lo que vino a ella en ese momento: la guerra en Muerte, la sangre derramada por un malentendido en el mundo natal del Interrex, el horror de Davin, la masacre de la Tecnocracia Auretiana y al final la monstruosa traición de Isstvan III. Lo sabía, siempre lo había sabido, pero había encontrado la forma de enterrar todo aquello en las profundidades de su mente. Cayó de rodillas, sobrepasado por el caudal de memoria reprimida.

—Lo recuerdo todo —susurró—. No quería. Intenté olvidarlo, pero no puedo.

—Es como las cosas muertas al fondo del mar. Puede que estén atadas a pesos y anclas, pero de alguna forma cuando se pudren flotan a la superficie. Y no pensábamos que estuviesen allí todo el tiempo hasta que por fin las vemos —Loken alzó la vista a Torgaddon, que le tendió la mano—. Te has estado escondiendo y mintiéndote a ti mismo demasiado tiempo, Garvi. Es hora de que vuelvas a la guerra, tengas que pelear en las sombras o a plena luz del día. Ahora mismo, el

Imperio tiene enemigos en ambas. Vas a tener que hundirte en el pozo para ver cuán oscuro es, y te advierto que lo será cada vez más hasta que todo esto acabe.

Loken aceptó la mano de su amigo y dejó que éste lo ayudara a ponerse en pie.

—Te lo he dicho, no estoy hecho para este tipo de lucha.

—Estas hecho para todo tipo de lucha. Lo sabes. Y tienes que dejar de pensar como si el Imperio estuviera a la defensiva. Eres un lobo lunar, y no hay nada más peligroso que un lobo arrinconado.

—¿Así que piensas que estamos arrinconados?

—Vale, quizá esa no es una expresión muy afortunada —admitió Torgaddon sonriendo—, pero sabes lo que quiero decir. Los enemigos fuertes saben cuándo eres débil. Hace que sientan hambre y vengan a por ti. ¿Así que qué tienes que hacer?

—No dejar que sepan que estoy débil.

—O mejor aún, *no seas débil*. Sé fuerte. Recuerdo algo que el Señor de la Guerra nos dijo una vez, ya sabes, antes de que todo se volviera mierda. Dijo que un hombre controla sus actos, nunca el fruto de los mismos. Toma el control de tus actos, Garvi. Recuerda que cuando lo que te rodea es el mal, sólo puedes hacer lo que sabes que es correcto.
Loken oyó el ruido de los cierres de la cámara de descompresión al otro lado de la cúpula.

—Tengo que irme —dijo Torgaddon, ofreciéndole de nuevo la mano.

Loken se quedó mirándola, sin decidirse a aceptarla.

—¿De verdad estás aquí, o eres sólo la forma en la que mi mente está intentando convencerme para que haga algo que sé que tengo que hacer?

—No lo sé —confesó Torgaddon—. Cualquiera de las dos explicaciones me suena increíble. ¿Pero qué sé yo? A mí me cortaron la cabeza.

—No bromees, Tarik. Ahora no.

—No sé qué decirte, Garvi —contestó, súbitamente serio, y su transformación fue más inquietante que todo lo que Loken había experimentado recientemente—. No

tengo una explicación clara para nada de esto. Siento que esto es real, pero creo que algo terrible me pasó después de morir.

—¿«Después» de morir? ¿Qué puede ser peor que morir?

—Todavía no lo sé. Pero creo que eres el único que podrá remediarlo.

Loken escuchó unos pasos que se acercaban, el duro sonido de las botas de una servoarmadura que le indicaron que era otro legionario quien se aproximaba. Se dio la vuelta y vio una larga sombra de anchos hombros proyectada sobre las baldosas del sendero. Cerró los ojos. Deseaba que todo fuera un sueño, pero sabía que aquello era demasiado real y demasiado espantoso como para no ser cierto.

Cuando abrió los ojos, Torgaddon se había ido, si es que había existido de verdad alguna vez.

Loken dejó escapar una bocanada de aire que parecía haber estado reteniendo en el pecho una eternidad en el momento en el que un guerrero blindado de placas de gris acero sin marca de legión alguna doblaba la esquina. Iacton Qruze, una vez conocido como «El Que se Oye a Medias» de los Lobos Lunares, ahora uno de los caballeros errantes de Malcador, alzó la mano y saludó respetuosamente con la cabeza a Loken.

Loken le devolvió el gesto.

—Qruze, ¿qué te trae al jardín?

—Te han convocado. Y esta vez tienes que responder.

—¿Quién me ha convocado?

—Malcador —respondió Qruze, aunque no pudiera ser otro quien lo convocara.

—Bien, iré.

—¿Lo harás? —dijo Qruze, sorprendido por su respuesta.

—Sí —dijo Loken agachándose para recoger una piedra aplanada del borde de la cascada—. Dame un segundo.

Arrojó la piedra y la hizo planear sobre la superficie del estanque, sonriendo satisfecho cuando ésta saltó una y otra vez sobre el agua antes de golpear la otra

orilla y rebotar para caer en el centro del estanque sobre la imagen del precioso tercer planeta del Sistema Solar.

Qruze había seguido la trayectoria de la piedra con una curiosa expresión.

—¿Y eso? —dijo al final.

—Algo que Torgaddon y yo hicimos una vez en el estanque de un jardín acuático. Nunca llegó a dominarlo, yo siempre conseguía que mi piedra llegase más lejos.

Qruze asintió, aunque era obvio que la respuesta de Loken no tenía ningún sentido para él.

—¿Y qué es esa marca en tu mano?

Loken bajó la vista y sonrió cuando vio el moratón en su palma que comenzada a volverse amarillo y se asemejaba a una luna en cuarto creciente.

—Un recordatorio.

—¿Un recordatorio de qué?

—De algo que todavía tengo que hacer.

FIN DEL RELATO